



Ladislao en su barbería.

HARÍA: BARBEROS Y FONDAS

Por M. J. Tabar. Fotografías de Guillermo Rodríguez

Javier Reyes Acuña nació un día de marzo de 1923, en la plaza de Haría. Nadie en su sano juicio diría que tiene 82 años. Entre otras cosas, porque mantiene el don del diálogo brillante, siempre prodigado junto a un café cortado con una lámina de leche condensada. Junto a él nos damos una vuelta por la Haría populosa y pintoresca, y el hoy se confunde con el antaño, cuando el pueblo era un gran exportador de papas (navegaban muchas hacia Gran Canaria), grano (cebada, fundamentalmente) y legumbre. Entonces, claro, el palmeral era más frondoso y había fragantes higueras. Hoy, se escarda menos y no hay ni tantos frutales que paran higos, ni tantos porretos (higos secos) para degustar al sol.

En el número 3 de la plaza de Haría, se levanta la casa de Ladislao, hijo de Aquilino y nieto del Ladislao panadero que horneaba en su cocina unos bollitos amarillos hechos con el huevo justo, que se deshacían en la boca dejando una estela dulce. También se freían truchas de batata (reinas ellas, por encima de la calabaza –princesilla- y del segundón cabello de ángel) y se horneaban **pasteles de carne con membrillo.** No es difícil imaginárselo. Los que son abuelos se apostan en las esquinas de la plaza y son un baúl de anécdotas para quien esté dispuesto a escucharlas.

En la misma esquina de la panadería (que aún conserva en la fachada las heridas descascarilladas de cuando una guagua de turistas invadió la acera y se estampó contra la pared), está la antigua fonda de Ladislao. Hoy, un bar de aperitivos (bravo por el estofado) y cocina típica. Era la más conocida y selecta de las tres hospederías que funcionaban en los años 30. Las otras dos eran las de Aurelio y Don Manuel Feo. En el piso de abajo se servían comidas (potaje y pescado fundamentalmente; carne en San Juan o Santa Rosa, cuando se mataban vacas para festejar a los santos)

Al bar de la fonda se le decía *El Billar* por tener un ídem para el entretenimiento de los muchachos. El salón de baile era casi de tan buena raza como el del Casino de Arrecife. De allá brotaban sonidos de violines, barullo y futuros matrimonios; casi siempre supervisados por las madres de ellas, que aprobaban o censuraban la pareja de baile de su hija con un código al alcance de cualquiera: palmadita en el muslo si era un sí, o pellizco si era un "tú quieta aquí conmigo". **En el piso de arriba todavía se conserva la balastrada del balcón, y los cuartos, donde se hospedaban los novios de las muchachas** de Haría, que se arribaban al pueblo los fines de semana para verlas. Hacia 1942, los cortejos se empezaron a hacer a toque

Máquez. Tres muchachos dispuestos a darlo todo.
Fotografía de Javier Reyes.

de corneta. Porque entonces muchos de los que galanteaban eran del destacamento de militares de infantería que Franco dispuso en el pueblo.

A Ladislao le dicen el Mudo porque lo es de nacimiento, como su hermana. No obstante, su capacidad expresiva es extraordinaria. Gesticula con acierto y todos los vecinos lo entienden. Tiene 66 años. Cuando nació había un taxi para todo el municipio y tres camiones, de carga y pasaje, para llegar hasta Arrecife. Uno lo conducía el padre de Javier, el fotógrafo: Martín Reyes. Paraba para que las señoras orinasen y se contenía la risa cuando alguna, en medio de una conversación, usaba "bicho" como sinónimo para no decir el mal visto palabra "conejo".

Entre los años 20 y 30 se veía algún que otro francés "con polainas", que se comunicaban igual que el Mudo. Ginés, pájaro cantor del grupo folclórico Malpaís de la Corona, lo recuerda entre risas. Entonces eran más lo que se iban que los que venían. A Cuba o a Venezuela, en veleros pequeños, por la noche y a hurtadillas. "Como vienen los de ahora". Otra opción era pagar un pasaje que en 1949 costaba 5.000 pesetas. "¡Bah, imposible reunir esa cantidad, hombre!", trina Ginés, poderoso jilguero.

Entonces se pedía vino y a uno se lo daban acompañado de **cabrilla** (gofio en polvo), explica Coyoya, que se limita a decir que su nombre lo heredó de su abuelo. Ladislao además de haber sido camarero en la fonda, hoy bar con nombre étnico, da nombre al estadio municipal (por algo comparte nombre con Kubala) y regenta una barbería, un tanto caótica y poco lustrosa, pero con aire de siglo XIX. Con una silla de manivela,



una palangana y una navaja presta a afeitar, obliga al cliente a escupir el chicle, si lo tiene, para no hacerle un tajo. El negocio es un disparo obligado para muchos extranjeros aficionados a la fotografía.

Cuando el olor a carne guisada sustituye al del café, uno se puede adentrar en la Biblioteca para echar un vistazo a las fotos de la Haría antigua. No sólo la monumental, la que tiene el honor de ser Conjunto Histórico. Esta es la Haría del pueblo. Historias para no turistas. Café en la ex fonda y continuamos el trayecto.

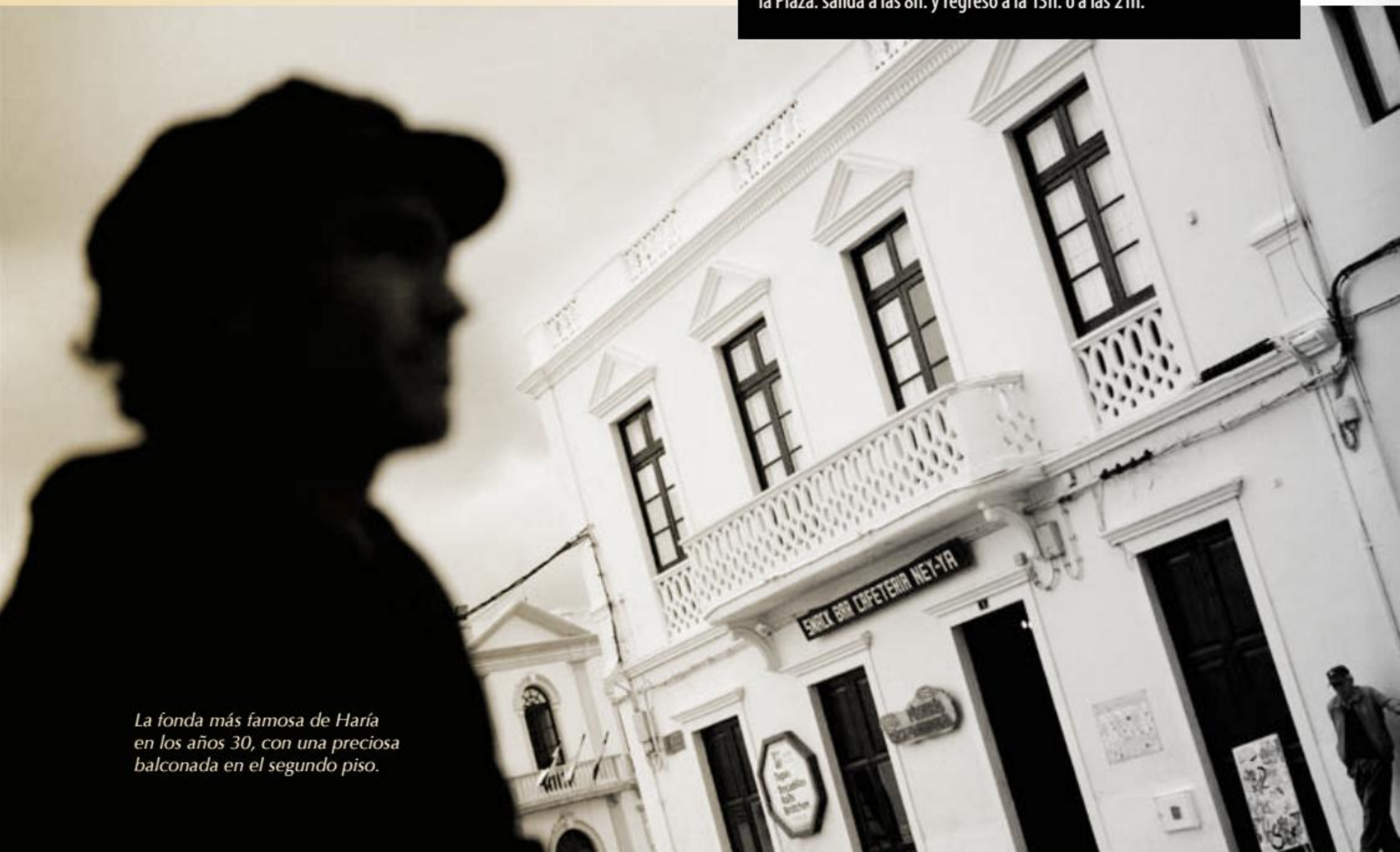
En coche:

Arrecife - Tahiche - Tegui - Los Valles - Barranco de Malpaso - Haría.

En guagua:

Línea 7 (Arrecife - Máquez - Arrecife) desde la estación de guaguas.

Mejor un sábado, para aprovechar el mercadillo artesanal de la Plaza: salida a las 8h. y regreso a las 13h. o a las 21h.



La fonda más famosa de Haría en los años 30, con una preciosa balconada en el segundo piso.